

tarle la vida? ¿Cómo si lo conozco? responde el Santo: Yo soy ese que buscáis, aquí me tenéis. Pasmados, atonitos quedarán al ver esta constancia; y no pudiendo ya más de admirados, y de agradecidos. Ea, dicen, pues quedate ahí, que le dirémos al Emperador, que despues de buscar por todas partes à Anthimo, no hemos podido hallarle. Eso no, replicó el santo Obispo, que à los Christianos no es permitido decir jamás mentira. Llevadme, llevadme, y sin que ellos pudiesen detenerlo, se fue con ellos, y dió entre terribles tormentos la vida, por no permitir una mentira leve. ¿Y por una riña, y por una palabra aceda, y quatro azotes à un muchacho tantas mentiras? ¡Oh, no os salgan, mugeres, alguna vez à la cara con mas graves daños! (Math. Rader. *Aul. Sane. t. cap. 19.*) Presentaronle al Emperador Teodosio el Menor una manzana de portentosa hermosura, y grandeza. El al punto, con cariño de esposo, llevóla à la Emperatriz Eudoxia. Esta, por ser aficionada à las buenas letras, dióla à un insigne varon en todas ciencias, llamado Paulino, à quien estimaba tambien mucho Teodosio. Paulino, pareciendole que aquella manzana era digna de ser presente Real, fue al Emperador, y dióla: tomala asustado Teodosio; ocultala, vase al punto à la Emperatriz: ¿Qué hicisteis, señora, de la manzana que os presenté? Turbóse algo, y no habia de qué, que era honestísima, y virtuosa, y Paulino un varon muy modesto, y quando respondiera la verdad, paraba todo en quejillas de amor. Pero turbada en fin: me la comí, respondió. ¿Os la comisteis? Pues de vuestra garganta debió de pasar entera à mis manos. ¿Conoceis esta manzana? Enmudeció confusa; y vuelve las espaldas Teodosio, y al punto hace matar à Paulino. Y veis aquí toda la Corte confusa, todo el Palacio alborotado, y à la pobre Emperatriz le dió tal vida, que por no perderla, se vió obligada, lo que restaba, à retirarse à Jerusalén. ¿Una mentirilla, que parecia nada, hizo tal alboroto, y tanto daño? ¡Oh, si sirviera à las mugeres todas de escarmiento!

Y ya, ¿qué ganancias, qué logros son los que ponen tantos en las mentiras tan estudiadas, que ha hecho la politica cathedra de mentiras en los pretendientes! *Docuerunt linguam suam loqui men-*

dacium. (Jerem. 9.) Y porque no se quede sola en los Palacios, yá el Oficial para trampear sus obras, yá el Mercader para efectuar sus ventas, y yá el pobre para conseguir sus limosnas, ¿qué de mentiras? ¿Pues qué logro han de tener sino miserias? *Qui nititur mendaciis: hic pascit ventos, & idem sequitur aves volantes:* (Prov. 10. 4.) todo se les deshará entre las manos à los que hacen sus ganancias de mentira. Por mas que les parezca que amontonan, llegará la cuenta, y hallarán mentiras por ganancia. (Prov. 12. 17.) *Non inveniet fraudulentus lucrum.* Por mas que le parezca al pobre, que mueve los corazones con esas mentiras, lo que mueve es la ira de Dios con sus mentiras para su castigo. Mejor es ser pobre, que mentiroso: (Proverb. 19. 22.) *Melius est pauper, quam vir mendax.*

Refiere Niceforo en la Vida de San Epifanio Obispo, (*Hist. Tripart. lib. 9. cap. 4.*) que yendo por un camino este santo Prelado, unos mendigos de los que à mentidos remiendos mienten necesidades, que de estos suele haber no pocos, preyniendole que habia de pasar por allí su santo Obispo, para mover mas su piedad, y asegurar mas la limosna, trazan entre sí, que uno de ellos se haga el muerto, y el otro pida para su mortaja, y entierro. Tiendese el uno à hacer su papel, y empieza el otro con fingidas lagrimas su clamor. Llega el santo Prelado; y muy compadecido, despues de hacer oracion por el muerto, dióle al vivo una buena limosna, y pasa adelante. Yá iba lexos, y entonces: Buena la hemos echado, levantaos, hombre: ¿Qué, no oís? ¿Os habeis dormido? Llega, estíralo, llámalo, y hallalo muerto. Atonito corre entonces yá con verdaderas lagrimas, alcanza à su Obispo, arroja à sus pies, confiesa su mentira, refiere lo sucedido; pero à todo el santo Prelado responde severo: No hay burlas con Dios. Anda, y entierralo, que eso ganan los que tratan mentira. ¡Oh, y no fuese tantas veces la muerte tambien eterna la que ganan! Dilectísimos míos, si la verdad es hija de Dios, busquemos con la verdad un Padre tan infinitamente amable, que toda nuestra Bienaventuranza nos la tiene prevenida, en que gocemos su eterna verdad en la Gloria.

DE LOS SANTOS SACRAMENTOS EN COMUN PLATICA PRIMERA.

DEL NUMERO, DIGNIDAD, Y AUTOR SOBERANO de los Santos Sacramentos.

DIA DE LA ASCENSION DEL SEÑOR A 15. DE MAYO DE 1692.

A Buena ocasion, hoy que se abren los Cielos para el mayor triunfo, los hallamos tambien patentes en la tierra para todo nuestro remedio: hoy que se franquea en el aplauso de nuestro Redentor toda la gloria, nos dexa su Magestad en la tierra francos los tesoros todos de su gracia: hoy digo, que llenos de regocijos los corazones, celebran la admirable Ascension de nuestro Salvador, suben tambien nuestras almas, si de contingencia de nuestra explicacion, por seguido necesario aplauso de su triunfo, en el logro feliz de sus santos Sacramentos. Alto, pues, y si lo que se hace con toda facilidad, y prontitud, decimos que se hace volando, volando nos podemos todos ir al Cielo: nadie ponga dificultad en las alas, quando tenemos tan en nuestra mano los vuelos. Acabamos la explicacion de los diez Mandamientos; eso es haber yá puesto la escala por donde se sube à la Gloria: entramos yá en la explicacion de los santos Sacramentos; eso es emprender yá la misma subida para el Cielo. Sea, pues, hoy, no solo dia de la Ascension, sino dia de las ascensiones: subamos, no solo con la consideracion de nuestro Redentor triunfante à la Gloria de las esferas, sino con la atencion tambien, y el buen logro de sus soberanos Sacramentos, à las esferas de la Gloria. Dichoso aquel, exclama el Profetico David, parece que mirando este dia, esta doctrina, estos oyentes, y estas circunstancias, dichoso, Señor, àquel, que ayudado de tus auxilios, ha fabricado en su corazon para subir los escalones: *Beatus vir, cujus est auxilium abs te: ascensiones in corde tuo disposuit.* (Psalm. 83.) Aquel, explica Genebrardo, que en su corazon ha puesto yá la escala de los divinos Mandamientos: *Ascensiones, id est, semitas tuas, alias, tua praecepta, & leges.* (Geneb. ibid.) No parece, que habla con nosotros. Mas como no

basta solo yá tener la escala, sino subirla: dichoso, prosigue San Agustín, el que por esa escala, así yá preparada, emprende la subida, ¿y qué subida? Aguárdala: quando fue la primera vez que en la tierra subió nuestro Redentor: ¿Cuál fue en la tierra su Ascension primera para enseñarnos despues su Ascension à la Gloria? Fue esta Ascension, dixo San Mateo, quando salió de las aguas del Bautismo: *Tunc ascendit de aqua.* Pues esa es la subida que nos anuncia el Profeta, dice el Doctor Grande, que subamos por los Sacramentos en la tierra à la gracia, para subir despues con Christo en su triunfo à la Gloria: *Ucum Christo baptizati statim ascendamus de aqua, tandemque cum eodem in Caelum.* (August. apud Lor. ibid.) Lo uno se sigue de lo otro, porque es empeño (dá la razon David) es empeño de él mismo que nos enseñó el camino, que nos dé la guia; de quien nos puso la escala, que nos dé la mano para subirla; y de quien nos dió la ley, que nos dé tambien con sus Sacramentos la gracia, y la bendicion: *Etenim benedictionem dabit legislator.* Si caímos, para levantarnos con la penitencia (explica Lyra) la bendicion: si lo buscamos, para alentarnos con la Eucaristia, que es el Sacramento de toda la bendicion de Dios: *Sacramentum benedictionis*, como lo llama con los antiguos Padres nuestro Raynaudo: y las bendiciones tambien, si oyendo las Doctrinas de sus Sacramentos, atendamos en ellas à buscar aumento de las virtudes. El Caldeó leyó así: *Benedictionibus operiet Deus eos qui immorantur in doctrina legis suae.* (Apud Lorino) Llenará Dios de sus bendiciones à los que persisten en la Doctrina de su Ley santa. ¿Y para qué tanta bendicion? Dícelo el Profeta: *Ibant de virtute in virtutem.* El Caldeó: *Ibant de doctrina in doctrinam, de academia in academiam:* para que sea una bendicion

de Dios, vér, que como de una en otra doctrina van adelantando las provechosas noticias de el Cielo, de la salvacion, y de Dios; así vayan tambien subiendo de una en otra virtud, gradas para la Gloria: *ibunt* (perifraséa nuestro Lorino, como si viera todo lo presente) *ibunt turmatim in Templum, crescit eorum doctrina, adeo ut eam videat quisque in Ecclesia, donec perveniat ad perfectam Dei notitiam*: será bendicion de Dios vér, ¿qué? lo que todos vemos: cómo acuden à la explicacion de la Doctrina todos à porfia, à tropas: cómo crecen, cómo se aumentan las Doctrinas, cómo se llena la Iglesia. ¿Y eso no mas? ¡Desdichado de mí, si en eso parará! ¡malogrado trabajo, perdido tiempo, si se quedara el crecer de la Doctrina en lo material del concurso! Será bendicion de Dios, si el crecer de la Doctrina fuere, mas que en el concurso de oyentes, en el numero de aprovechados; si el crecer fuere como en la perfecta noticia de las verdades Catolicas, de las luces de la Fé, de la ciencia de Dios; así tambien en los ardores del corazon, en los incendios de la caridad, y en las creces de la virtud, hasta llegar al Cielo, hasta ver à Dios: *Videbitur Deus deorum in Sion*; hasta que cada uno haga desde la Doctrina, y por la Doctrina su ascension dichosa à la Gloria, dixo el Caldéo: *Progredientibus iustis de domo Sanctuarii in domum doctrinae, apparebit labor legis ab ipsis susceptus coram Domino, cujus majestas residet in Sion*.

Yá, pues, subid al Cielo con la Doctrina de los Sacramentos, à lograr estas fuentes purísimas de la vida, estos manantiales copiosos de la gracia, estos indefinidos veneros de la salvacion; pues ni puede haber virtud, ni justificacion, sino por medio de los Sacramentos, nos dice el Santo Concilio de Trento. Si se adquiere la gracia, es por ellos; si se aumenta, à ellos se les debe, y ellos son los que solos, si perdimos la gracia, nos la restauran: *Per haec, omnis vera iustitia, vel incipit, vel capta augetur, vel amissa reparatur*. Los Sacramentos de la Santa Madre Iglesia son siete, numero siempre misterioso en las Escrituras, pero aqui sobre todos admirable. Siete, como si dixeramos, porque en ellos, mejor que en los siete dias de la semana juntó Dios sus mayores maravillas, perfeccionó mejor los Cielos, restauró al mundo, animó al universo: siete, porque mejor que aquellos siete Sellos, ocultan estos los mas Soberanos, y Divinos Misterios: siete mas firmes columnas, que sustentan enteramente firme el Palacio de la Sabiduría, que es la Iglesia: siete mas vivas antorchas, que en el candelero del Templo ilustran de puras luces al Orbe, encienden los corazones, y alumbran las almas: siete mas sonoras trompas, que à sus ecos arruinan al Jericó de el infierno todos sus muros: siete mas brillantes Estrellas, que en las manos de nuestra Vida Christo, nos trasladan à la tierra todo el

Firmamento: siete en fin, que sin haber menester meter las manos siete veces en la sangre de la expiacion, nos lavan de las culpas: siete, que sin ser necesarios los siete baños de Naamán, nos limpian de la lepra; y siete, que sin haber menester las siete veces que se midió Eliséo, nos restituyen à la vida.

¡Oh, Dios mio! ¡Qué cuidado, qué amor, qué diligencia de nuestro Divino Redentor, que previniendo así todas nuestras mayores necesidades, despues de darnos la vida del mundo, nos asegura tambien la vida de la eternidad! Ese es el orden admirable con que dispuso estos Divinos Sacramentos. Lo primero, para gozar esta vida temporal, es menester nacer; así para la vida del alma nos previno mejor el renacer en el santo Bautismo. Mas como acá al nacer se sigue luego el crecer, è ir cobrando fuerzas la criatura, así en la mejor vida de el alma nos previno en el Sacramento de la Confirmacion mejores fuerzas, y alientos para confesar su Fé. Siguese acá tan necesario para mantener esta vida corporal, el sustento; y esto nos previno mejor para la espiritual vida del espíritu en el Sacramento de la Eucaristia. Aun no paró aqui amoroso; previno, que como en la vida del cuerpo hay quiebras de enfermedades, y heridas; así para las mortales enfermedades de culpa, que padeciére la vida del alma, adelantó eficaz la medicina en el Sacramento de la Confesion, para que con él recobráramos la perdida salud. Y en fin, como en la convalecencia se cuida de la dieta para recobrar las fuerzas, hasta vencer de la enfermedad las reliquias, así nos previno el Sacramento de la Extrema-Uncion, para desterrar de los peores achaques de la culpa las reliquias, el mejor aliento de fuerzas. ¡Oh, Dios infinitamente amoroso! ¿Qué cuidadosos son estos tan adelantados por nuestro bien? ¿Qué sollicitud por nuestra vida? ¿Qué diligencias por nuestra salud? ¿Y qué prevenciones por nuestro remedio? con el mismo amor al pobrecito, que al rico; al poderoso, que al humilde: ¿cómo lo agradecemos? ¡Oh; levantad la Fé, y considerad un poco, qué dones son estos de un Dios, qué favores de un Señor infinito: cotejad, para que se confunda vuestra ingratitud. A Ulderico, Labrador santo, ardiendo en una fuerte calentura, se le antojaron unas moras; era en medio del invierno, secos los arboles, y todo cubierto de nieve. ¿Dónde se hallarian? Brotaron por sobre la nieve las moras, atendiendo Dios al regalo de un Labrador pobre: es mucha fineza de amor. ¿Pues qué tiene que vér, si hay Fé, con lo que le dá al mas pobre, al mas abatido, en el Sacramento de el Altar? Al Padre Pedro Casino, de nuestra Compañia, enfermo en su ultima vejez, y del todo desganado, se le antojó comer de una ave que él nombró. Buscaronla por toda la Ciudad; no fue posible hallarla, y aquel dia mismo se le entró aquella ave volando por la ventana de

su aposento à cumplir su antojo. ¡Hay tal fineza de Dios! Direis, y con mucha razon; ¿mas qué tiene que vér volar así un pajarillo despreciable, con abatirse todo un Dios por nosotros à su Sacramento? A la Beata Angela de Fulgino, estando enferma, y sin fuerzas en su lecho, le apareció visible nuestro Redentor, y la dixo: *Hija, yo vengo à servirte, y hacer lo que hubieres menester por mis manos*. ¡Oh dignacion indecible! ¿Qué hicieras, alma, si esto vieras? ¿Qué hicieras, si vieras al mismo Christo servirte cariñoso, hacerte la cama, componerte la cabecera? ¿Qué harías si lo vieras? Pues qué vé con la Fé, si no vé esto, y mucho mas, quando énta en tu casa el mismo Dios en tu Sacramento? Quando en tu casa el Extrema-Uncion te alienta, y te acaricia? Mas no solo previno así el Señor à cada uno en particular el socorro en los Sacramentos, como se ha dicho, sino que atendiendo tambien à todo el comun, ò yá para que tuviesen Padres, y Pastores, que en el alma los gobernáran, previno con el Sacramento del Orden los Sacerdotes, y Obispos, ò yá para la sucesiva continuacion de las generaciones dispuso el Sacramento de el Matrimonio.

Así, pues, con armonia divina de los siete Sacramentos, si los dos, el Bautismo, y la Confesion son tan necesarios, como medio que sin él, como sin el Navío, nadie podrá pasar de la Vera-Cruz à Cadiz, así, sin el Bautismo, ninguno podrá pasar de la tierra à la Gloria; y lo mismo si despues del Bautismo, cayendo en culpa mortal, no logra el Sacramento de la Confesion, ò en el efecto, confesando, ò en el afecto con el ardiente deseo de una verdadera Contricion. Los otros tres, Confirmacion, Eucaristia, y Extrema-Uncion son necesarios por necesidad de precepto, (Conc. Trid. ses. 3. can. 4.) como si tan infinito bien no bastára à traernos para buscarlo, bien hubo menester nuestra ingratitud el mandato. Y los dos ultimos, Orden, y Matrimonio, son necesarios sin duda à todo el comun de la Iglesia para su hermosura, y de la República para su continuacion, pero que no obligan à ninguno en particular.

Así repartió el infinito amor sus beneficios. Pero ponderad ahora qual mayor el amor con que un Dios los previno, ò la sabiduria con que los dispuso, variando una misma gracia con tan distintas hermosuras: *Multiformis gratia Dei*, que dixo el Apostol; una gracia, que como en el cuello de la paloma al volver de la luz, al herir de los rayos forma tan bellos coloridos, y tornasoles; así en el cuello de la Iglesia se compiten entre sí distintas primacias los Sacramentos. Cierro es, y de Fé, que no son todos iguales entre sí, para que así resulte de su desigualdad ventajosa, mas suave la armonia que en los Cielos. El Bautismo se aventaja, no solo en ser la unica puerta dichosa para entrar à la vida, no solo en que

limpia de la culpa venial, y mortal, si las halla, sino tambien del pecado original, y de toda la pena que ese, ò esos pecados merecian. ¡Oh, qué primacia tan gloriosa! Pero aún le compite por su lado el Sacramento de la Confirmacion, que es el que dá fortaleza, vigor, y fuerza para las batallas de la Fé, como se vió en los Apostoles, si antes tímidos, y escondidos, *Donec induamini virtute ex alto*, luego tan valerosos, è invencibles así que fueron confirmados; y por eso la Confirmacion es llamada de los antiguos Padres perfeccion, y consumacion del Bautismo. ¡Oh, qué excelencia tan sublime! Mas se aventaja por su parte el Sacramento de la Confesion, en que despues del Bautismo al que cayó en la mortal culpa, no le queda mas refugio, no tiene ya otra tabla sino este Sacramento amabilísimo para poder llegar al puerto de la salvacion. ¡Oh, qué ventaja tan soberana! Pero muestra luego su eminencia el de la Extrema-Uncion, en que no solo consume de las culpas las reliquias tristes, sino que fortalece, y anima en la batalla mas horrible, y temerosa. ¡Grande prerogativa! Pero obtesta su soberania el Sacramento del Orden en la potestad admirable, y sobre humana que él solo confiere à los hombres. Se ensalza por su lado el Matrimonio, por la union de Christo con su Iglesia, que representa, y retrata entre los mortales. ¡Oh, qué sublimes excelencias! Mas sobre todos juntos el Sacramento Santísimo de la Eucaristia, de todos junta las hermosuras, como de todo un Dios las maravillas. A éste, como su primer noble, se ordenan los demás Cielos de los Sacramentos.

Y ya con lo dicho viene sobrada la primera pregunta que nos hace el Catecismo: ¿Quién instituyó los Santos Sacramentos? El mismo Christo nuestro Señor, él por sí mismo, no fue obra de menos tan inmensa máquina, que ni pudieran, contribuyendo con su gracia, todos juntos los Angeles. De modo, que aunque los Apostoles fueron los que los publicaron à la Iglesia, pero los recibieron ellos de nuestra Vida Christo; así antes de su muerte santísima, como despues en estos quarenta dias antes de su Ascension à los Cielos, en que apareciéndoles repetidas veces, como dice San Lucas: *Per dies quadraginta apparuit eis, & loquens de regno Dei*. (Act. Cornel. ibi.) les enseñó entonces, como todo el gobierno sagrado de la Iglesia, las formas tambien, y materias con que habia de administrar los Sacramentos.

Mas todavia entendamos bien, ¿qué quiere decir que nuestra Vida Christo es el Autor de los Santos Sacramentos? Quiere decir, ¡oh, si cabára aqui la meditacion! quiere decir, que no solo los instituyó mandando como Dueño, y Señor absoluto, que aún fuera un beneficio inmenso, sino lo que es mas, pagando. ¿Y cómo? Con todos sus meritos infinitos, adquiridos à costa de

tantos tormentos, con toda su Sangre derramada, con su misma vida dada en una Cruz. ¡Oh, qué precio! ¡Oh, qué montón! ¡Si por este precio estimáramos cada uno su propia alma! *Empti enim estis pretio magno*. Si un acto de amor de nuestra Vida Christo, si una lagrima suya, si un suspiro fue de valor infinito por la Divinidad, que lo elevaba de modo, que todos los millones de Angeles, que todos los millares de hombres, aunque tubiera cada uno tanta gracia como Maria Santísima, y aunque con toda esa gracia estuvieran haciendo los actos mas heroicos de todas las virtudes, y esto sin cesar por toda una eternidad; con todo eso jamás llegarán al valor, y al precio de un suspiro solo de nuestra Vida Christo, de una gota sola de su Sangre; ¿qué valor será el de toda su Sangre derramada? ¿Qué precio el de tantos tormentos, y el de la vida en fin, y la muerte de un Dios? Pues toda esa inmensidad de meritos, todo ese infinito valor nos lo ha dexado por nuestro, para que nos valgamos de él à nuestro querer, como en siete caxas guardado en siete Sacramentos. ¿Qué es esto? ¿Todo el caudal infinito de un Dios está à nuestra voluntad? ¿Está en nuestro querer el gozarlo? ¿Pues quién dirá ya que se le hace difícil ir al Cielo? Pecadores, toda esta misericordia infinita tenéis patente: Justos, toda esta gracia tenéis de vuestra mano: Hombres, ¿dónde tenéis el juicio, si en este lógo no se desvela vuestra atención, no se despulsa vuestro amor, no se enciende en llamas vuestro agradecimiento?

Tres cosas, en fin, dice Santo Thomás, qui- so nuestra Vida Christo, que nos representaran sus Sacramentos, como señales (D. Thom. 3. p. q. 6. art. 3.) La primera: *Signum rememorative passionis Christi praterita*: la memoria de lo pasado, de aquella Pasion de nuestro Redentor, que fue la que nos ganó tanto. La segunda, *Demonstrativum gratia presentis*, que nos representen la gracia, que ahora en lo presente de esta vida por ellos recibimos. Y la tercera, *Prognosticum vite future*, que nos apunten aquella gloria venidera, à que nos llevan. Allá, pues, subamos por los Sacramentos con nuestro Redentor triunfante: allá nos conduzca el Sacramento de la Eucharistia, que para eso por prenda singular de la Gloria lo recibimos.

San Dunstano, Arzobispo de Conturbél, segun se refiere en su Vida, (*Spec. Exempl. verb. Ascens. Christi*) habiendo, tal como à noche, acabado de cantar en su Iglesia los Maytines, quedóse allí contemplando el triunfo glorioso que en este dia llevaba nuestro Redentor. ¿Qué fiesta habria en el Cielo! ¿Qué regocijo entre los Angeles! Esto meditaba tan tierno como ansioso de gozarlo; quando vió entrar por las puertas de la Iglesia un grande número de Mancebos hermosísimos, todos vestidos de blanco, y con coronas de oro en las cabezas. Llegóse uno de ellos,

y hablandole cariñoso: Dunstano, le dixo, Jesu Christo te saluda, y te comienda que te vayas ahora con nosotros à celebrar su triunfo, que somos todos Querubines, y Serafines, que venimos à llevarte. ¡Oh, qué combate! Pero el Santo Prelado, prevaleciendo à sus propios gozos el amor de sus ovejas, hoy no puede ser, respondió, porque he de predicar à mi Pueblo, y enseñarle como ha de subir, siguiendo à mi Señor al Cielo. Pues será el Sabado, le respondieron, dis- ponte para este dia. En tal dia como este predicó à su Pueblo como pudiera un Angel; despidióse para su muerte con ternisimas lágrimas de todos; cayó luego enfermo, y llegado el Sabado, recibiendo los Santos Sacramentos con ternisimas demostraciones, acabando de recibirlos, en presencia de muchos que le asistian, se fue levantando con cama, y todo hasta el techo; volvió à baxar mansamente. Esto sucedió por tres veces, y vuelto luego à los presentes: Ya veis, les dixo, el camino por donde voy, imitadme, si quereis seguirme, y con esto despidió su bendita alma. *Imitadme, si quereis seguirme*, nos dice à todos hoy nuestra Vida Christo; y pues nos dexó en sus Santos Sacramentos todos los tesoros de su gracia, imitemosle con ella, para seguirle al triunfo de su Gloria. *Ad quam, &c.*

PLATICA II.

De los efectos admirables que hacen en el alma los Santos Sacramentos.

A 22. DE MAYO DE 1692.

Entre dos declarados enemigos no ha podido jamás el mundo hacer las amistades. No hay, ni ha habido hombre que no discurra medios para unir estos contrarios: no hay quien no estudie trazas para juntarlos: no hay quien no ponga quantas diligencias alcanza porque se den las manos; pero con todo eso, despues de tantos años, y aun siglos, en que cada uno, y todos juntos los hombres, con ingenios, y trazas, ardides, y artificios han procurado siempre hacer estas amistades; ¿qué es lo que han conseguido? Ya lo dicen, y lo confiesan desesperados, que honra, y provecho no caben en un saco; en un saco? Yo añadiría, que ni en el mundo; esos son los dos enemigos, que por no querer unirse, son toda la aflicción, y la fatiga de los humanos corazones. Deshace la honra, buscando estimaciones de fuera, lo que el provecho procura de conveniencias adentro: paga la honra con cuidados, y fatigas, lo que quiere lograr el provecho con comodidades, y descansos. Acaudala el provecho, la honra desperdicia: el provecho pone todo su cuidado en guardar, y esconder, la

hon-

honra toda su costa en parecer, y lucir. Por eso la honra rompe el saco, que tenía muy cerrada el provecho; ea, que no caben juntos. ¡Oh, mundo! pues si tú no has sabido hacer que quepan en un saco, el Hijo de Dios ha hecho que la honra, y el provecho juntos quepan en un Sacramento, y en cada uno de los Sacramentos. Aquí sí, que à ningun costo se logra lo que vale mas que mil mundos, y à precio de ganar, se sube mas allá de los Cielos. Pues esto sí que es provecho, porque es honra: esta sí que es honra, porque es provecho, que honra sin provecho, es mentira: provecho sin honra, es daño. Alto, pues, à buscar en los Sacramentos el provecho, que es la mayor honra; y la honra, que es el mas seguro provecho.

¿Qué cosa son los Sacramentos? nos preguntá ya el Catecismo, y responde: *Unos espirituales remedios, que nos sanan, y justifican.* ¿Uno, y otro? Nos sanan, y nos justifican: ¿Pues no bastaba librarnos de las mas infames heridas de la culpa, en que naciamos esclavos viles del demonio, sino justificandonos, darnos tambien la suprema honra de hijos de Dios? ¿Qué medicinas son estas tan prodigiosas, que recetan la salud, y dan la honra? De Trajano Emperador, por singular generosidad admiran las historias, que habiendo vencido en una batalla à Decebalo, Rey de Dinamarca, quedando muchos de sus Soldados heridos, y no hallandose paños con que curarlos, se quitó al punto el Imperial Manto, fue desgarrando en tiras la Púrpura, y envolviendo en esas vendas de sus Soldados las heridas. Del Magno Alexandro celebra la antigüedad, que herido en una pierna un Soldado suyo, llamado Lisimaco, deseoso el gran Emperador de su salud, se quitó de sus sienas la venda que le formaba corona, y con ella le ató la herida. Dime, Soldado, dime, le preguntará yo, ¿qué medicina es esta, en que está la corona, ó qué corona, en que está la medicina? ¿Qué es lo que aquí mas estimas, la salud que consigues, ó la honra que ganas? ¿Este es remedio te cure la llaga, ó que esa venda te sublime à lo mas elevado de la honra? Muy mucho fuera solo procurarte el Rey la salud: ¿qué será hacer que sirva para tu salud su corona? Quedas sano, eso bastaba para la dicha, y quedas mejor coronado, ¿hasta dónde alcanza la Gloria? ¿Pero à quién digo esto, Católicos? ¿A aquel Barbaro? No, que toda su honra fue viento, como toda aquella corona fue un juguete de la fortuna; tú, Christiano, que con llagas mortales, que con enfermedades horribles de la culpa llegas al Sacramento, donde no un Trajano, ó un Alexandro, que ya están ardiendo en el Infierno, sino el supremo Rey de los Cielos, el Emperador de las eternidades, es el que de la Púrpura, no de su Manto, sino de su propia Sangre, de la propia Corona de sus meritos, te forma las vendas,

te aplica los remedios para darte la salud; ¿qué salud esta tan infinitamente estimable? ¿qué honra es esta sobre toda estimacion suprema? ¡Oh, espirituales remedios, que así nos justifican! Solo sanarnos de enfermedades tan mortales como las culpas, no habia precio con que estimarlo. Digalo el mas poderoso, que ya en las gargantas de la muerte con una enfermedad desesperada se halló; ¿cómo pagará el verse libre? De un Pastor se refiere, que dormido en el campo se le entró por la boca una vívora, fue penetrando à las entrañas, despierta el miserable; ¿con qué ansias! ¿con qué congojas! Pensadlo allá. ¿Qué haría para verse libre? ¿Y qué harías si en estos vierais? ¿qué remedio? ¿qué costos? Todo vuestro caudal os parecería nada por echar tan infame, y venenoso huesped. Pues aguardad: Un sabio Medico entonces, hace colgar à aquél por los pies; ponele la boca inmediata à una vasija de leche, al olor de la leche la vívora al punto vuelve à salir, y dexalo libró. ¿Tanto veneno con tanta suavidad? Con la leche se libra así de tan mortal ponzoña? ¡Admirable remedio! Sí, pero à mal infinitamente mas terrible, celebrad mejor remedio en los Divinos Sacramentos, en que la vívora mas venenosa del pecado sale del alma, y nos dexa libres, prevenida à la boca, no una vasija de leche, sino la misma Sangre derramada del Hijo de Dios. Así con tanta suavidad nos remedian los Sacramentos, así con tanta dulzura nos sanan.

Pero, ¿de qué manera nos justifican? Prosigue el Catecismo: *Dandonos gracia interior por señales exteriores*. Este es todo el sér de los Sacramentos, Sacramentos, difinen los Doctores, son unas señales visibles, y exteriores de la invisible gracia que obran, y causan en el alma. Así proporcionó el Señor sus beneficios, de modo que à nuestros ojos aquellas exteriores señales avisen lo que nuestra Fé debe mirar en el alma en los interiores admirables, soberanos, y divinos efectos. Vemos allá humo, y sin ver mas, decimos: Allí hay fuego; ¿por qué? Porque nos lo avisa aquella señal natural. Oímos la campana à tal hora, ó con tal toque, y al punto: tocan à Sermon, tocan à Misa. ¿Cómo lo sabes? Porque lo avisa aquella señal que para esto han instituido los hombres. Pues así Dios ha instituido estas señales mas soberanas, que nos den à conocer este infinito beneficio de su gracia, que nos dá en sus Sacramentos, en que juntándose las cosas con las palabras, que es lo que dicen los Teólogos la materia, y la forma, haciendo entera la significacion, nos representa en cada uno de los Sacramentos con su proporcion parecida la gracia que nos dá. En el Bautismo el agua lava al cuerpo, esa es la materia; pero llegandose luego las palabras que hacen la forma, no pará ya en el cuerpo ese Baño Divino, sino que nos dice, que dexa pura, y limpia de todas sus manchas

chas al alma. Así en las penitencias, confesadas las culpas, que son la materia, llegandose la absolución, que es la forma, nos representa, y obra la interior dichosa libertad con que Dios nos dá por libres de las culpas, restituyendonos á su amistad; y así en los demás Sacramentos, Oh, señales dichosísimas, que no solo señalan, sino obran lo mismo que señalan; no solo significan, sino hacen lo mismo que significan! Señalan la gracia, y la obran con tan infalible certidumbre, que si de nuestra parte no ponemos el estorvo á la gracia, jamás, jamás se nos dexa de dar en los Sacramentos. ¡Oh, que es punto de Fé este, escrupulosos! Es de Fé, que siempre, siempre dán la gracia cierta, è infaliblemente los Sacramentos, si en el alma no hallan estorvo. ¿Y qué estorvo es el que lo impide? Dirélo en otra Plática despacio; mas lo que yo sé es, que no son estorvos siempre vuestros escrupulos, para que por él os queráis privar de tanta gracia.

Y ahora, mirad como no había con infinitas ventajas la Omnipotencia, lo que en su modo ha podido conseguir la humana industria. ¿Qué es ver el artificio que en un relojillo de ruedas cifra los movimientos de los Cielos? que quieta, parece que no se mueve la manecilla. ¿Pues veisla, *Cum Caelo immota movetur*? Esa, que por mas que le fixeis la vista, parece que no se menea, con todo el Cielo vá apostando á correr, le vá alcanzando los pasos al mayor de los Planetas. Llega en fin, y señala; ¿qué señala? ¿Las doce? ¿Y qué suena allá dentro la campanilla? Las doce. ¡Hay tal! Señala fuera lo que dá dentro; señala las doce, dá las doce; pues levantada la vista á la mejor muestra del amor Divino en los Sacramentos. Aquí si que mejor compendiamos los Cielos, señalando lo que dan, y dán lo que señalan; de modo, que primero faltarán los Cielos, que esta muestra divina falte. Señalan en lo exterior, que vemos la gracia, è infinitamente mas fixos que el Relox, dan la gracia en el alma. Así la Beata Maria Ogniacense vió, al bautizar á un niño, apartarse de él al punto huyendo un ferocísimo demonio, y baxar á la criatura entre bellos resplandores el Espíritu Santo, rodeandola festivos los Angeles. Así, al estarse ordenando San Remigio, se vió baxar del Cielo un rayo hermoso de luz, que asentado sobre su cabeza le dexó como un Sol resplandeciente, hallandose tambien su cabeza unida de un oleo soberano. ¿Mas para qué cito milagros á nuestra Fé? Basta que Dios lo diga.

Mas todavia para enseñarnos mas, pregunta el Catecismo: ¿Cómo pueden darnos gracia las señales exteriores? Un poco de agua, por mas palabras que se junten, ¿cómo puede tener una virtud tan prodigiosa, que alcance á limpiarnos de la culpa? Unas palabras, que no son mas que palabras, ¿cómo pueden bastar para darnos la gracia? ¿Sabeis cómo? Responde el Catecismo:

Por los meritos de Christo nuestro Señor aplicadas en ellas. De modo, que no es (claro está) por esas exteriores señales. No es por quien las pone, ò las dice sea el que fuere, que debaxo de Dios nadie lo alcanzará. No es por quien las recibe, sino porque à esas exteriores señales dexó nuestra Vida Christo vinculados todos sus meritos. Dexó ya hecha la paga, hecho el costo, dexó obrado el remedio, solo con que se pongan esas señales. Eso es el dar los Sacramentos la gracia *ex opere operato*, que dicen los Teólogos: Que habiendo ya hecho el costo todo nuestra Vida Christo, en virtud de aquellos meritos dexó en los Sacramentos la eficacia infalible para dar la gracia, si no hallan estorvo en el alma. Venid, (grita Isaias arrebatado à la vista de tan preciosos, y tan soberanos Misterios) *Venite, emite absque argento, & absque ulla commutatione vinum, & lac. Venid, comprad la leche, y el vino sin dar dinero; & sin dinero, y comprar? ¿Cómo puede ser? Que si es compra ha de haber precio; ¿será por cambio? menos: Et absque ulla commutatione.* ¿Pues cómo puede ser compra, si no se ha de dar ningún precio? Por que ya está pagado.

Explicome como puedo en un punto tan delgado con este exemplo. Poned, que en la carnestia que padecemos, algun poderoso limosnero enviara veinte mil pesos á un Panadero, diciendole, que ahí vá por delante la paga; y que à todos los pobres que llevaran cedula mia con tales palabras, les vaya dando tanto de pan. ¿Qué accion fuera tan prodigiosa? Ahora, pues, llega el pobre con su cedula, le entregan al punto el pan. Y pregunto: ¿Este pan se lo ha dado el Panadero? No por cierto; lo compra. ¿Cómo lo compra, si no da nada? Es verdad; pero lleva la cedula: ¿pues esa cedula puede valer lo que le dan? La cedula por sí sola no vale; pero la cedula con la paga hecha de antemano lo vale. Ya está pagado, dirá, y dirá bien; de modo, que ni la cedula sola valdria nada sin aquella paga hecha antecedente; ni aquella paga aprovecharia al pobre, si no traxera esta cedula. Al caso, al caso: Todas las exteriores señales de los Sacramentos, miradas solo en sí, nada pueden, nada hicieran: nada nos valieran, si no fuera por aquella paga inmensa, que de antemano hizo nuestro Redentor con sus meritos, y con su Sangre, ligando estas señales à estos Sacramentos el logro dichosísimo de su gracia; pero juntas con aquella inmensa paga estas señales, obran en el alma la gracia, la hacen hija de Dios, amiga de Dios, y heredera de Dios, templo del Espíritu Santo, habitacion de toda la Santísima Trinidad, mayorazgo de la Gloria, amor de todos los Cielos, regocijo de todos los Angeles. Que todo, è infinito mas se cifra en la gracia santificante, que le dan. Y además le agregan to-

do

do el tropel hermoso de dones sobrenaturales, y virtudes infusas.

Mas fuera de esta gracia, que es la que justifica el alma, que es el principal efecto de todos los Sacramentos; tienen tambien por efecto cada uno de los Sacramentos otra especial gracia, que es la que solemos llamar gracia del Sacramento. Soleis reparar lo que se quieren entre sí dos casados, que bien avenidos están. Es la gracia del Sacramento, decimos, y bien. Esa gracia, pues, son unos especiales auxilios, que en cada Sacramento se le previene al que lo recibe, para darselos Dios, siempre que llegue la ocasion de haberlos menester. Al Bautizado especiales auxilios, ò para que conserve, ò para que procure recobrar la mejor vida del alma, que en el Bautismo recibió. Al Confirmado especiales auxilios, para que no se avergüence de las acciones de Cristiano. Al que se confiesa especiales auxilios, para que no vuelva à las culpas; y así de los demás. ¡Oh, gracia de los Sacramentos, como no te logramos! ¿Dios tan à manos llenas à repartirla, y nosotros tan à manos vacías à despreocuparla? ¡Ah, Católicos, y qué cuenta!

Por ultimo, tres de los Sacramentos tienen, fuera de la gracia otro especialísimo efecto, que es imprimir en el alma una señal, una marca, un sello, que no se borrará jamás del alma, mientras ella fuere, que será por la eternidad. Esa señal en el alma impresa es el carácter; y este imprimen solos los tres Sacramentos, el Bautismo, la Confirmacion, y el Orden, y por eso estos tres no se pueden repetir, y se reciben una sola vez; porque en esa sola nos dexan ya en el alma la señal: (¡oh, Dios!) ò que será la marca de nuestra mayor infamia en el Infierno; ò será insignia resplandeciente de nuestra eterna honra en el Cielo: *In bonis*, dice Santo Thomás, *ad eorum gloriam, & in malis ad eorum ignominiam. In his qui vicerunt ad gloriam, & in his qui sunt vici ad panam.* (D. Th. 3. p. q. 63. ad 3.)

En la vida del prodigioso enamorado de Dios, y de las almas San Felipe Neri, se refiere, que visitandolo un mancebo de solos diez y seis años en traje secular, (era esto antes que se publicáran los Decretos del Santo Concilio de Trento) hablándole el Santo viejo con la afabilidad que solia, volvió, y le dixo: Dime la verdad, mancebo, ¿eres Sacerdote? El turbado, y corrido, le confesó, que sí lo era; pero que andaba en aquel traje, porque se habia ordenado muy de mala gana, y casi forzado de sus padres, que lo habian hecho ordenar, porque gozara una renta muy copiosa. ¡Ah, Padres, que haceis ganancias de la Iglesia! Reduxolo el Santo. ¿Pero cómo conoció (preguntarán) que un muchacho de diez y seis años, vestido de secular, era Sacerdote? El mismo Sauto lo dixo al Cardenal Fran-

cisco Maria Tarugi, que lo habia conocido por el carácter, que le vió resplandecer en la frente; ¡Oh, señal! que en los Bautizados todos, en los Confirmados, en los Ordenados, con su bella distincion en cada uno brilla, y resplandece, ò para eterna honra, ò para eterna infamia.

Esta es la honra, oyentes míos, y este es el provecho inmenso, que tenemos en los Sacramentos; ¿Cómo lo estimamos? ¿Cómo lo agradecemos? Ingo, Rey de los Vandalos, refiere Eneas Silvio, (Eneas Silv. cap. 20. Eur.) siendo él muy Católico, deseaba que lo fuesen todos sus vasallos; pero aunque eran Christianos ya todos los Plebeyos, los Principes, y Señores grandes no lo eran. ¿Y qué hizo el Rey Ingo? Previno un gran combite; combió à todos los Grandes, y Principes de su Reyno, y combió tambien à los mas viles, y despreciados Plebeyos. Llegó el día señalado, fueron viniendo los combidados; pero qué lugar tendrían los pobres, y abatidos Christianos à vista de tan grandes Principes? Yo lo diré: A la puerta del Palacio, allá en el zaguan hizo luego prevenir unas mesas muy poco alfizadas, y allí hizo que se sentáran los Principes, y los Grandes; hizo que solo les sirvieran un poco de pan seco, y duro; una poca de carne insulsa, y hedionda; y todo esto, y el vino en platos, y vasos de barro muy toscos. ¿Y à todo esto, los Plebeyos? Esos los subió consigo el Rey, se sentó con ellos à la mesa en un combite magnífico, de regaladísimas viandas, sirviendoles en una baxilla de oro, plata, y piedras preciosas. Levantóse al punto el sentimiento, y quexas de los Principes, y Señores. Y entonces el Rey: Yo (les dixo) hago la estimacion de las almas, no de los cuerpos; vosotros, aunque Principes, tenéis las almas vilisimas por las culpas. Estos, aunque Plebeyos, pero lavadas sus almas con las aguas del Santo Bautismo, son en los ojos de Dios mas estimables, que todos vosotros. Bastó esto para que al punto todos aquellos Principes se hicieran Christianos. ¡Oh, si bastara para que nosotros hicieramos un concepto sumo de lo que gozamos en los Sacramentos, en que sentados à la mesa del Supremo Rey de los Cielos, tenemos el provecho de sus infinitos regalos, y gozamos la honra suprema, que nos dá en ellos con su gracia!

PLATICA III.

De la disposicion con que se deben recibir los Sacramentos. Exortase à su frecuencia.

A 5. DE JULIO DE 1692.

SI à mí me preguntáran, ¿quál es la cosa mas fácil del mundo? Sin mas detencion dixera, que el recibir un beneficio; y tanto mas fácil, quanto el beneficio es mayor. Pues siendo así, ¿cómo qualquiera no conoce las dádivas, y los beneficios de Dios? ¿En qué nos han desmerecido, el que no queramos recibirlos? Entre los hombres vemos, que para dar ellos, es quando se ponen escusas, y se alegan dificultades; mas que para recibir se aleguen embarazos, y aun se fijan imposibles, solo con los dones de Dios nos sucede. ¿Oh, qué competencia de la una parte tan benigna! Y ¿oh, qué portía de la otra parte tan ingrata! Aombra solo el decirlo. ¿Pues qué será el hacerlo? No cabe en el entendimiento tan del todo ruin ingratitud. Mejor diré, no cabe en la mas irracional tosca brutalidad. ¿Acude un perro al pan que le ofrecen; se mueve lo tarde de un jumento à la hierba que le proponen; y no se mueve el hombre à todo el Cielo que Dios le franquea? ¿Qué es esto, naturaleza humana, que no admitas subir à ser poco menor que los Angeles, por ser aun menos que los brutos? ¿Quién ofrecerá al enfermo la salud que no la admita? ¿Quién al pobre el socorro, que por no recibirlo se enoja? ¿Quién al afligido el consuelo, que se niegue? ¿Quién al cautivo la libertad, que la rehuse? ¿Quién al mercader la ganancia, que la dexa? ¿Y quién al ambicioso la honra, que la repugne? ¿Y quién à todos el beneficio, la comodidad, el gusto, que no lo abraza todo al punto? Pues si todo eso, è infinito mas, es lo que Dios nos está ofreciendo en sus Sacramentos, si así lo conocemos, y así lo confesamos: ¿por qué tantas escusas se alegan por dilatarlos? ¿Por qué tantos imposibles se fingen por no recibirlos? ¿Desmerecen los favores de Dios por ser tan fáciles? Eso alienta mas el corazón à buscarlos. ¿Pierden por ser tan seguros? Eso mueve mas la voluntad à conseguirlos. ¿No valen porque son inmensos? Eso excita mas toda la codicia à atorarlos. ¿Pues en qué están las escusas para recibirlos con frecuencia en los Santos Sacramentos? ¿Oh! me dirán: En que es menester disponernos bien para recibirlos con fruto: *Es necesario*, nos dice el Catecismo, *es necesario recibir los Sacramentos con buena disposicion; si; porque sin ella no se recibe la gracia.* Es así, no hay duda; ¿pero cuál es esa buena disposicion? ¿en qué están esas dificultades? Estos serán los dos puntos de esta Doctrina. ¿Oh,

si à desterrar de vuestro engaño esas dificultades antojadizas acertára hoy mi lengua! ¿Oh, si à introducir en vuestros corazones la gran facilidad de esta buena disposicion fuera persuasiva mi voz, para que con la frecuencia de estas Fuentes Divinas de la Gloria, no cesáramos de acaudalar bienes, que no se han de acabar, tesoros, que han de ser eternos!

No pidiera mucho quien repartiendo hoy trigo, ò maiz, con generosidad à los pobres à su voluntad, no les pidiera mas, sino que ellos traxesen de sus casas las medidas grandes, ò pequeñas como quisieran; pero con tal que las habian de traer vacias para poderse las llenar. ¿Qué pobre se quejára de esta condicon? ¿A quién le parecería difícil? Pues eso es lo que Dios nos pide en la disposicion à los Sacramentos, que traygamos nosotros las medidas. ¿Y qué medidas? ¿Oh, Dios! *Dilata os tuum, & implebo illud.* Todas las medidas del corazón; ¿oh, qué grandes! pero sin que las embarace la culpa: vengan vacias si han de ir llenas. No llene la culpa el corazón para que lo llene la gracia; y siendo así, abre la boca hombre, estiendo quanto alcanzan los deseos, dilata hasta donde mas pueden tus ansias. Y esa será la medida de lo que ganes à pedir de boca à medida del deseo. ¿Oh, Dios amoroso! ¿Oh, Dios grande! ¿qué es lo que nos pides? ¿Y qué es lo que nos das? ¿No pides medida à nuestro deseo de lo que nos has de dar? Pues eso, ¿quien no vé que es darnos mas, en lo mismo que nos pides? Díole Alexandro à un Soldado suyo, por no sé qué hazaña, una Ciudad en premio. Y él encogido al oirlo: Señor, eso es mucho para mí; quita, replicó Alexandro, que no atiendo yo en lo que doy à lo que tú cres, sino à lo que yo soy. Tú te apocas como un particular, yo doy como Alexandro. *Non quero, quid te accipere debeat, sed quid me dare.* (Sen. l. 2. de Ben. c. 16.) Arrogancia presumida, y loca, que solo en Dios es verdad suma. ¿Qué te encoges, alma? ¿qué te apocas? qué te retiras, que no se mide la grandeza de Dios por tus poquidades para darte, no Ciudad de tierra, sino Reynos de gloria. Alto, pues, entremos por verdades de Fé, para sacar conclusiones de desengaño, en materia de suma importancia, de tan infinito logro, como la frecuencia de los Santos Sacramentos.

Asenté ya como verdad católica, y de Fé, que los Santos Sacramentos, quanto es de su parte siempre, siempre con infalible certidumbre dán à quien los recibe la gracia, sino hallan en el alma estorvo; de modo que si es el Ministro legitimo que los confiere, y teniendo la debida intencion, aplica tambien la debida materia, y forma, aunque sea tan malo como Judas, aunque esté en pecado mortal, aunque sea un Herege, no dexa por eso el que recibe el Sacramento de

re-

recibir la gracia; porque es el mismo Dios el que la dá, y la produce; y solo es su instrumento el Ministro que lo hace; no él por sí, sino en nombre, y persona de Dios. No está el nacer la planta en que la siembra esta mano, ò aquella: *Neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat*, nos dice el Apostol; sino en que Dios, que es el dueño la fecunde, la produzca, y la vivifique: *Sed qui incrementum dat Deus.* Ahora, pues, de parte de Dios tenemos del todo infalible, cierta, y segura la gracia en los Sacramentos; es de Fé. De parte del Ministro, en lo que pudiera haber algun temor, es de Fé tambien, que su indignidad, y sus culpas no nos estorvan el recibir en los Sacramentos la gracia. ¿Qué es, pues, lo que nos resta? Que no haya en el alma estorvo, ¿Oh, padre! ese es el punto, que hay tantos estorvos, que esos son los que nos retiran de recibir esta infinita dicha que tenemos en los Sacramentos. ¿Tantos estorvos? ¿quáles son? que no los veo: ¿dónde están? que no los hallo: ¿Oh, almas engañadas! atenedme.

¿Cuál debe ser la disposicion cabal, y necesaria para que recibamos dignamente los Sacramentos, y que por consiguiente no dexa estorvo en el alma para recibir en ellos la gracia? Miren, que respondo à tan grave pregunta, no con ponderaciones, ni exageraciones, sino Doctrina Christiana, verdades puras, y firmes, asentados, y ciertos dogmas. Cierto es, que en los niños, en los que no tienen uso de razon, quando reciben el Bautismo, ninguna disposicion han menester de su parte, porque toda la suple la intencion, y Fé de la Santa Iglesia. Hablamos, pues, de los ya crecidos con uso de razon; y distinguamos: porque los Sacramentos no corren quanto à la disposicion iguales con los demás. Estos dos son, el Bautismo, y el Sacramento de la Penitencia, que miran à quitar el pecado, y dar la gracia, y que por eso estos dos se llaman Sacramentos de muertos; porque hallandonos muertos por la culpa, nos dan la vida de la gracia. En estos dos la debida disposicion es, lo primero la intencion de recibirlos, eso es en todos los Sacramentos necesario; tener Fé, y Esperanza de lograr en ellos la gracia, y luego dolerse de todos los pecados con atricion. ¿No es obligatoria aquí la contricion, el dolor del todo perfecto? No, que pudieran decir, que es difícil; que estoy en duda de si la tengo; que no sé si es verdadera contricion, ò no. Pues no, porque ni temores queden, ni dudas aflijan, ni escrupulos inquieten; basta dolerse de los pecados por su propia fealdad, aborrecerlos por su horrible fiereza para no hacerlos mas, ò por temor del Infierno, que por ellos nos espera; esto es atricion. Esto es en ambos Sacramentos, Bautismo, y Penitencia; pero además en el Sacramento de la Penitencia confesarlos todos sin callar de propósito

to, y con malicia algun pecado mortal. ¿Y esa es toda la disposicion? Toda, y hecho eso; no habrá estorvo ninguno para recibir la gracia? Ninguno. ¿Pues dónde están ahora esos vuestros estorvos? Tener intencion, tener Fé; tener Esperanza; ¿dónde está aquí el estorvo para un Christiano? ¿Aborrecer la culpa? La misma razon, su fealdad misma, y sus daños lo persuaden. ¿Temer al Infierno? ¿Mas qué bestia será quien no lo tema? ¿Confesar las culpas con tan sumo secreto que es como si no se hubieran dicho, para quedar sin mas costa del todo sano, limpio, hijo de Dios, y heredero de la Gloria, dueño del Cielo, consorte de los Angeles? ¿Qué facilidad es esta tan admirable para conseguir una dicha, una riqueza, y una honra que es inmensa? Señor, ¿aunque te pidiera Eliseo (le decian à Naáman lleno de lepra sus criados) aunque te mandára que hicieras un medicamento terrible de gran dolor, y molestia, no lo harías por quedar sano? ¿Pues quanto mejor una cosa tan fácil? Que te bañes dice, y no mas, y quedarás limpio; bastó para que aquel se convencieras; ¿pues qué largas son esas, que dilaciones para confesarte? ¿Un remedio tan fácil para un mal infinito; qué dificultades puedes poner sino eres peor que un demonio? Llegóse à confesar con un Cura (refiere Cesario) un Mancebo de gentil disposicion; fue confesando tantas, tan fieras, tan enormes culpas, que ya enfadado el Cura: Hombre, le dixo, aunque hubieras vivido mil años, era poco tiempo para lo que confesas. Respondió él, mas de mil años tengo. ¿Mas de mil años? ¿Pues quién eres? Soy el demonio. ¿Tú, y confesarte? ¿De cuándo acá? ¿Qué te ha movido? Yo lo diré: Estaba yo allí viendo los que llegaban à confesar, veíalos al llegar tan abominables, y tan feos como yo me veo; pero al levantarse de tus pies ya iban tan hermosos, tan lindos, que me llegué aquí cerca por oír lo que decían, y lo que tú les decías, que era prometerles la remision de todos sus pecados; y así, por ver si me sucede lo mismo he llegado, y he dicho yo tambien parte de mis pecados, y los confesaré todos si quieres oírme. Aguarda, desventurado, di no mas de esto: Criador mio, pequé contra tí, me pesa de ello, perdoname. Eso no diré yo. Pues anda perro. Y tú, hombre, y tú, muger, mira si me respondes esto mismo, si eres peor que el demonio: pues ves con la Fé esta dicha, y siendo tan fácil dilatas, ò huyes de este Sacramento. ¿En qué pones la dificultad, si no la pones en lo que la puso el demonio?

Y ya, ¿quál es la disposicion, que basta para los otros cinco Sacramentos? Llamanse Sacramentos de vivos, porque hallandonos vivos por la gracia, nos la aumentan: pues ya con esto he respondido. Toda la disposicion à que nos obligan es à tener intencion de recibirlos: Fé, y Esperanza de conseguir la gracia, ya que estemos en gracia para recibirlos,

Mm

que

que esté el alma sin conciencia de pecado mortal; ¿y no mas? ¿No es mas la obligacion: de modo, (dexando ahora los otros Sacramentos) de modo, que para recibir dignamente el Santísimo Sacramento del Altar, para que aumente en el alma la gracia, basta solo haberse antes confesado bien, quien se hallaba en pecado mortal? Basta. ¿Y si el pecado mortal no se halla en el alma, no hay otro estorvo para la gracia? No hay otro. ¿Pues dónde están, almas escrupulosas, todos esos vuestros estorvos? Oh, que la pureza que pide tan alto Sacramento! eso es consejo para que en todo la procureis; no es obligacion que no pudieran cumplirla ni los Angeles, si hubiera de ser la pureza à proporcion de lo que allí se recibe. Oh, que la atencion, el cuidado sumo, el respeto, la reverencia que se debe à un Dios Sacramentado! Todo eso es muy justo que lo tengais en todo lo posible, que lo soliciteis todo vuestro cuidado; pero no es de precepto para que os turbe, que aun no pudieran ejecutarla cabalmente ni aun los Serafines. ¿Alma, conoces en tí pecado mortal? No: pues nada te estorva.

¿Oh, que tengo tanta tibieza, tan poco fervor, tan elado el corazon, que no se alienta à un acto siquiera de amor de Dios como yo quisiera! y en fin, tan poca devocion, mejor es no comulgar. Oh, qué engaño tan pernicioso, en que tanto pierdes tú, y tan pesada burla logra de tí el demonio! ¿Quién te ha dicho, que porque no tengas ese fervor sensible, esa ternura, ò esas lagrimas que deseas, que por eso no sacas de la Comunión un fruto de valor infinito? Nada de eso te estorva el recibir la gracia. *Quando tú* (le dixo el Señor à la V. Baptista de Verona) *quando tú con fervor, ternura, y lagrimas estás en mi presencia, aunque me pagas algo, pero con ese mismo consuelo que recibes, llevas otra nueva deuda; mas quando sin devocion sensible, seca, y tibia con todo eso me buscas, entonces si que me pagas mejor lo que me debes.* (Lancis Opusc. de aritate.) No pende, almas, la gracia del Sacramento de tener, ò no tener esas ternuras, esas lagrimas, esos fervores. ¿Te hallas tibia? Pues dile al Eterno Padre lo que en esas ocasiones le decia el Serafin San Francisco: *Señor, tu Hijo viene à mí, y yo no sé qué le he de decir; dile tú, te ruego, dile tú allá todo quanto yo debía decirle, que yo solo respondo con todo mi corazon. Amen.* ¿Te hallas sin fervor? Pues oye, y executa lo que le dixo el Señor à Santa Matildis: *Quando has de recibir la Sagrada Comunión, desea à honra de mi nombre tener todo el deseo, y amor, con que ardió algun tiempo para conmigo el mas encendido corazon, y así puedes llegarle à mí, que yo recibiré aquel amor conforme lo deseas tener.*

Yá; pero si à la tibieza se me juntan batallas de pensamientos, tentaciones, inquietudes, tanto alboroto, ¿cómo he de comulgar? Por eso

mismo ahora es quando estás mejor dispuesta; ò por combatida para buscar las armas, ò por enferma para procurar el remedio, ò por apeli-grada para que Dios te dé la mano, ò por acri-solada para mas agradar à Dios con tu comba-tida pureza. De estas tentaciones padecia gravi-simas contra la Fé al llegarse à comulgar Santa Catarina de Bolonia, y dioxola el Señor alentán-dola: *Hija, mayor merito logra el alma que su-friendo, y resistiendo esos combates me recibe, que si me recibiera con mucha quietud, suavidad, y dulzura.* ¿Qué mas claro? Ya lo veo: pero son muchas mis imperfecciones, y aunque no siento culpa mortal pero muchas veniales si; y yá el pensamiento distraído à los cuidados, al marido, à los hijos no me dexan tener tan quieta la atencion. Aun todavia vuelvo à decir que nada de eso es estorvo que te impida el recibir en el Sacramento la gracia. (D. Th. 4. p. 9. art. 8. Suar. & commun.) Llega, llega, que te busca Dios, Dios te llama, que Dios te comienda, y cierra los oídos à silvos engañosos del Inferno, à dichos necios de brutos, y à indignos respetos del mundo.

Tal día como este, Doña Ana Ponce de Leon, Condesa de Feria, Señora aun mas esclarecida por su gran virtud que por su heroyca sangre, refirió nuestro Martin de Rosa en su vida, estaba en la Tribuna de su Palacio, que caía à la Iglesia de Santa Clara, viendo pasar la Procesion del Santísimo Sacramento; y no atenta à la vana curiosidad sino arrebatada toda en fervores de devocion (era en extremo amantísima de este Soberano Misterio) llegó la Custodia, y fixando ella los ojos en la Hostia consagrada, y la Fé toda en el Divino Señor que venia en ella, oyó que desde allí la decia su Magstad estas palabras: *Con mi Cuerpo, y Sangre te he sustentado la vida del alma, y con eso te he mantenido como à los eticos con substancias; abre tu corazon, que quiero entrar-me à descansar en él.* Atonita quedó la Condesa à palabras tan dulces, y vió luego que venia nuestra Vida Christo ácia su alma como saltando montes, y salvando collados: *Saltans in montibus, transiliens colles;* sintióse al punto llena de una inexplicable dulzura. Así lo dixo ella à su Confesor el Maestro Juan de Avila, preguntán-dole, ¿qué queria significarle el Señor con aquel modo de venir saltando? Y respondióla el Aposto-lico Varon: eso es salvar el Señor tus culpas, y disimular tus imperfecciones para llegar à unirse con tu alma; eso es querer que lo recibas con mas freqüencia. Oh, si de este modo hubieran visto muchos la Procesion! Mas yá que no la han visto así, à todos nos dice nuestro Dios esto mismo: alma, dexa tus escusas, admite mis favores, quiero unirme contigo en mis Sacramentos, nada hay que lo estorve, si tú me quieres: ¿No hay riqueza en Galad? ¿No hay Medicos del alma en la Confesion? ¿Pues cómo tantas heri-

das

das sin remedio? ¿cómo tantas llagas sin ven-das? ¿No está pronto mi Cuerpo, mi Sangre, y mi Divinidad? ¿Pues por qué se me retiran las almas quando yo les ofrezco quitarles sus mise-rias por darles mis riquezas, quitarles su muerte por darles mi vida, quitarles sus pecados por darles mi gracia, y quitarles todas sus desdichas por darles las felicidades de mi gloria? *Ad quam &c.*

DEL SANTO SACRAMENTO del Bautismo.

PLATICA I.

De la dignidad, unidad, y necesidad del Bau-tismo.

A 19. DE JUNIO DE 1692.

DE tantos como viven engañados con su som-bra, ¿quántos estuvieran mas dignamen-te pagados de su mayor hermosura? Dicha sería grande que se hubiera quedado solo aquel tan nombrado Narciso allá en la risa de las fabulas, y que no vieramos tantos Narcisos engañados mas torpemente aun entre las verdades mas puras. Muriose aquel, decian, de vér en una fuente retratada su hermosura. En otra fuente quisiera yo que cada uno de los Christianos, para lograr su vida atendiera retratada su belleza; que si fue digna de risa aquella necesidad, aun en la ficcion mentirosa de los Poetas; quanto será mas digna de llanto, quando la vemos imitada en el engaño de tantos Christianos? Vióse Narciso en el agua, y sin conocerse à sí mismo, engañado con su re-trato, parecece ageta hermosura la que solo es su sombra propria, y naciendo de la sombra en el agua en su corazon el fuego, à sí mis-mo se busca, y dentro de sí mismo se pierde, saca à los ademanos su alboroto, manifesta mudo su locura en sus visages, y yá fixo la atiende; yá la mira risueño, yá apacible, yá suspenso, yá admirado, yá alhagüeño, yá mudando sem-blantes al paso que puntual se los vá copiando la sombra; piensa que es correspondarle lo mismo que le retrata, y creciendo la inquietud con el engaño, estiendo la mano, vé que tambien la mueve, acercala, vé que tambien la llega; pero al tocar en el agua turbadas yá sus ondas se le desaparece de la vista lo que mira, se le escapa de la mano lo que toca y, trasiega, y mas lo pier-de; revuelve, y menos lo halla; suspense. ¿Qué es esto? Y en tanto, volviendo el agua à su sosiego, vuelve la inquietud à sus ojos. Acerca el rostro, y parece à la presencia del origi-nal el retrato. Hasta que yá impaciente arroja el cuerpo todo; y no hallando la sombra en el agua

lo que halla en su fondo es la muerte. Ah, necio le dirias, ¿asi mueres buscando una sombra? Ah, necios, os diré yo: ¿asi moris buscando tantas sombras que os engañan, que os burlan, que os pierden? que al verlas engañan, que al buscarlas inquietan, y que al cogerlas se desvanecen? Ah, Narcisos del mundo, como es en vosotros experimentada verdad, la que fue tan calificada necesidad en las fabulas! Volved, volved à miraros en otra fuente mejor, donde hallareis la vida. ¿En qué fuente? En el Bautismo; Oh, si cada uno de los Christianos que me oyen volvieren à menudo con los ojos de la fé, y de la consideracion à ponerse à mirar à sí mismo cómo salió de aquellas aguas de vida; quánta fue allí su hermosura, quánta su belleza! Como mejor Narciso se estimaria con mas pro-vecho. Mirate, alma, mirate en aquéllas aguas purísimas hecha un retrato de toda la hermosura de Dios, mas que los Cielos pura, mas que todos los Astros resplandeciente: mirate cercada de Angeles con quienes tu belleza compite: mira cómo te adornan de mas preciosas piedras todas las virtudes infusas: *Omnis lapis pretiosus operimentam tuam.* Mira como el mismo resplandor de Dios te forma la gala; yo soy esta (dirias enamorada de tí misma) yo soy esta. Pero, ¿oh, Dios, que eso fue entonces! Y dónde está ahora toda aquella hermosura, toda aquella pureza, todo aquel resplandor? *Egressus est à filia Sion omnis decor eius.* ¿Cómo ha borrado en mí la culpa una hermosura tan admirable? ¿Cómo perdí yo por un vil gusto que yá se fue, que yá me dexó, una belleza que enamoraba à los Serafines? Oh, qué vista fue esta; y qué cotejo tan provechoso si lo hicieramos con freqüencia!

Eso, pues, quisiera yo que atendieramos en el Sacramento del Bautismo, en cuya explicacion entramos; no que le miremos solo como cosa yá pasada; no que lo atendamos solo en los niños, sino que en sí mismo cada uno, trayendo à la memoria, y à la consideracion aquella fuente soberana donde renació, conserven los unos, aun à costa de mil vidas, aquella gracia, si por infinita dicha aun la tienen, ò con interminables lagrimas procuren los que la han perdido restaurarla mas, y mas con la penitencia.

¿Qué cosa es Bautismo? Pregunta el Catecismo: y para responder cabalmente à tan breve pregunta, ni caben en el entendimiento de este inmenso mar de misericordia las orillas, ni en las lenguas todas de los Divinos Oraculos caben los insondables prodigios de este abismo: ¿qué he de responder yo? Dexad que hable por mí las Escrituras. Si le preguntais à mi Padre San Pedro, ¿qué cosa es Bautismo? os dirá que es la mejor Arca, en que del Diluvio que anega todo el mundo, solo escapan los que en esta Arca se guarecen, ahogados los que quedan fuera, y perdidos;

Mm 2

Ofo